



## Objeción de conciencia

Hay un acto que el poder nunca perdona: que alguien que lo conoce desde adentro se atreva a decirle que está equivocado. No un enemigo, no un periodista opositor, no un académico desde la comodidad de su trinchera universitaria. Alguien de los suyos. Alguien que vistió su uniforme, habló su lenguaje, creyó su promesa. **Joe Kent** era exactamente eso. Veterano del ejército, 11 despliegues de combate en Oriente Medio, oficial paramilitar de la CIA, marido en duelo —su esposa **Shannon** murió en una guerra que él mismo describe como fabricada—, y fiel a la causa MAGA desde antes de que la causa se llamara así. **Trump** lo respaldó en dos campañas al Congreso. **Tulsi Gabbard** lo cobijó como uno de sus hombres clave. Era, en todos los sentidos posibles, uno de los suyos. Y ayer por la mañana renunció.

En una carta dirigida directamente al presidente, **Kent** escribió que no puede “en buena conciencia” respaldar la guerra en curso contra Irán. No se fue en silencio, no se diluyó en eufemismos diplomáticos. Dijo lo que los análisis de inteligencia le dictaban: que Irán no representaba ninguna amenaza inminente para EU, y que la guerra se inició bajo presión de Israel y su poderoso *lobby* americano. Dijo, en suma, que le mintieron al presidente y que él no puede ser cómplice de esa mentira.

La respuesta del poder fue instantánea y predecible. **Trump** dijo a los reporteros: “Siempre pensé que era débil en seguridad”, y agregó que “es bueno que se haya ido”. Un exfuncionario de la Casa Blanca lo llamó en redes sociales un “egomaniaco enloquecido” que nunca producía trabajo real. La secretaria de prensa **Karoline Leavitt** publicó un largo comunicado rechazando su tesis sobre la amenaza iraní. El mecanismo es tan viejo como el poder mismo: cuando no puedes refutar el argumento, destruyes al mensajero.

Conviene en la singular ironía: **Kent** no es un pacifista. No es un demócrata de salón ni un internacionalista liberal. Es un hombre que pasó décadas en zonas de guerra, que perdió a su esposa en ellas, que construyó su identidad política sobre el America First más duro. En su carta, le recuerda al propio **Trump** que hasta junio de 2025 él mismo entendía que las guerras en Oriente Medio eran una trampa que robaba vidas estadounidenses y drenaban la riqueza de la nación.

La renuncia es el rechazo más contundente de la guerra hasta ahora, proveniente de un funcionario cercano a **Trump**, y refleja el malestar que el conflicto está generando en algunos de los aliados más visibles de MAGA, como **Tucker Carlson**. Pero el detalle más relevante es el gesto en sí: un hombre con acceso a los más altos niveles de inteligencia nacional que elige la incomodidad de su conciencia sobre la comodidad del cargo. Eso se llama “objeción de conciencia”, un acto tan antiguo como la moral misma, y tan incómodo para el poder como siempre lo ha sido: Antígona prefirió enterrar a su hermano antes que obedecer un edicto injusto, y Creonte la llamó traidora. **Thomas More** perdió la cabeza antes de que la historia le diera la razón.

La referencia de **Kent** al concepto de “amenaza inminente” tiene peso jurídico preciso: esa inminencia es el requisito legal bajo el cual un presidente puede lanzar ataques militares sin aprobación del Congreso, y el umbral bajo el derecho internacional para atacar una nación soberana. Su renuncia no es sólo un gesto moral: es una advertencia sobre la legalidad del acto de guerra. No es poca cosa que el director del Centro Nacional Antiterrorista abandone su puesto en medio de una guerra diciéndole al mundo que esa guerra carece de fundamento. El poder puede insultar a **Kent**, puede negar sus conclusiones, puede llamarlo débil, egomaniaco, traidor. Lo que no puede hacer es devolverle al cargo su credibilidad una vez que el propio titular lo dejó vacío por razones de conciencia. **Kent** deja a EU sin un director del Centro Nacional Antiterrorista en medio de una guerra, lo cual es, eufemísticamente, menos que ideal.

Vivimos tiempos, en todo el mundo, en los que la lealtad se confunde con la sumisión, y la disidencia con la traición. En los que escuchar la propia conciencia antes que los dictados del jefe se paga con la destrucción del nombre. Pero la historia tiene una paciencia que el poder no tiene. Y suele, con el tiempo, dar la razón a quienes prefirieron perder el cargo antes que perder la brújula, la ética y la sensatez.

